
RUFINO DE MINGO O PARÍS COMO ESTÍMULO

Evidentemente, París como estímulo, lo confirme o no Rufino de Mingo (Escariche, Guadalajara, 1953). Y a partir de eso una curiosa –y bella–e interesante variación. Interesante porque sus últimas obras, sus últimos collages, además de homenajear (por *intentar* retratarlas) a las flores de un parque parisino, el Mmontsouris, hacen también referencia a una efeméride que a muchos prácticamente se nos había pasado por alto: el primer siglo que se cumple de aquel movimiento futurista y dadaísta que, a partir del azar y/o de la mezcla, y hasta del absurdo, lograba obras y mensajes de una novedad total: pegar, endosar o adosar, incorporar en una pintura recortes y objetos claramente externos a esa pintura y que traían, quién lo duda, una nueva dimensión al cuadro. Y eso, detractores y partidarios no podían negarlo.

De Mingo suele ser un artista reivindicativo tanto desde el ángulo más personal e íntimo como desde el social. Y tal vez eso responda a un talante personal que sugiere una actitud despierta, atenta ante la vida, ante lo que ocurre por fuera y por dentro y, quizás por ello, siempre o casi siempre altamente pendiente de lo emocional. Pero también de lo grupal, de lo político, de lo que ocurre en el ambiente.

En su caso el collage no es una técnica nueva; que ahí están sus mestizajes, las colaboraciones casi a cuatro manos que Rufo –entre la experimentación y el juego– ha realizado con otros artistas en los últimos quince años. Pero esta vez la variación ha recurrido a algo muy novedoso, podría decirse, por aparentemente romántico y hasta simple. ¿París como estímulo? Seguramente. ¿No pueden resultar románticas y bien simples las flores de un parque parisino como inspiración para llegar al homenaje al dadaísmo y el futurismo?

Retratos de flores, de una en una, y así hasta una treintena. Y en cuyo mestizaje, además de la plasticidad y el juego, y el color siempre como estimulante final, aparecen escondidos toques de ironía en todo eso que el artista añade: textos en idioma francés, probablemente extraídos de un libro dan fondo, como eficaz contraste, a cada flor retratada. Y en muchos de sus pétalos y corolas aporta pedazos de fotografías –por ejemplo, también de flores–, cuando no pétalos directamente pintados, o recortes de algo que parecen reclamos o anuncios de publicidad, la fotografía de un mar o de una pareja y hasta de una guía telefónica comercial. Jugoso juego de imágenes en los que De Mingo parece demostrar que la belleza se puede lograr a partir de una doble lectura, de una creatividad que busca y logra esa belleza a partir de algo que aparentemente nadie diría que podría lograrse. Simpático, agradable y más que digno homenaje el que De Mingo ofrecía en diciembre de 2013 en la galería de Colombier de París, ciudad que el artista viene compartiendo residencia con Madrid y hasta su Guadalajara natal. Habrá quien siga poniendo bajo sospecha eso que llamamos arte contemporáneo, pero parece claro que el futurismo sigue aquí y que hay artistas que siguen buscando nuevas y abiertas posibilidades.

Margarita Iglesias
Periodista y comentarista de arte.
Febrero de 2014.